

## PRÓLOGO

La ola humana se inició en una ciudad de Sudáfrica, ante la mirada de más de mil millones de personas en todo el mundo, y fue cobrando fuerza conforme ascendía por el continente africano, antes de cruzar el estrecho de Gibraltar para adentrarse en el agreste paisaje de Castilla-La Mancha y estallar en las calles de Madrid. El calor y el polvo del sofocante verano madrileño se vieron sacudidos por la eferescencia humana de más de un millón de españoles que inundaron y refrescaron el centro de la capital para celebrar el regreso de sus héroes, campeones del mundo de fútbol en Sudáfrica 2010.

Tras ser recibidos con honores por el rey Juan Carlos y la reina Sofía en el Palacio Real, los jugadores se subieron a un autobús de dos pisos y emprendieron su lento avance hacia la orilla del río Manzanares. El cortejo salió del palacio del presidente José Luis Rodríguez Zapatero y atravesó la Plaza de España, presidida por la estatua de Cervantes. Y en aquel breve trayecto, el carácter de una nación pareció cobrar forma.

A lo largo de una historia marcada por invasiones extranjeras, golpes de estado y guerras civiles, España ha tenido monarcas y políticos brillantes y desastrosos a partes iguales, y ha vivido el fracaso de numerosas misiones. Sin embargo, mientras Zapatero —líder socialista bastante popular en su día— estaba a las puertas de un naufragio político provocado por su incompetencia administrativa ante la crisis financiera y económica de Europa, el rey Juan Carlos permanecía

como un símbolo de reconciliación nacional. Fue el rey quien asumió el papel de jefe de estado democrático tras la muerte de Franco en 1975 y seis años más tarde hizo frente a un intento de golpe de estado, desafiando al ejército con una actitud radicalmente distinta a la de su abuelo Alfonso XIII, quien aceptó pasivamente el levantamiento sin derramamiento de sangre encabezado por Miguel Primo de Rivera en la década de 1920.

Probablemente lo más importante del golpe de 1981 no fue el hecho de que ocurriera, sino que fracasara. Los españoles se dieron cuenta de los beneficios de vivir en democracia y salieron a las calles a manifestarse. España había cambiado de manera irreversible desde los oscuros días de Franco. Ya no había vuelta atrás. Y sin embargo, la estatua del personaje literario de Don Quijote seguía allí como recordatorio de una nación encarnada por un «héroe» cuya nobleza y hazañas —tan celebradas por filósofos españoles que intentaban poner al país en un pedestal moral y político— resultaron ilusorias.

En 1936, en los prolegómenos de la Guerra Civil Española, Manuel Azaña, por entonces presidente de la Segunda República, comentó que en la derrota y la decepción de Don Quijote estaba el fracaso de la propia España. Podría haber añadido —con la mirada puesta en el futuro— que el fútbol español sería el reflejo de la política del país durante gran parte de su historia, al estar sembrado de relatos de gran talento individual y ocasionales éxitos colectivos, pero marcado irremediablemente por el bajo rendimiento de la selección en comparación con los éxitos internacionales de clubes rivales.

Ahora bien, aquel verano de 2010, más allá de la estatua de Don Quijote, miles de personas se lanzaron a las calles y las avenidas acompañando el lento avance del autobús de la victoria y alzando sus manos en señal de admiración, o quizá para cerciorarse de que no estaban soñando.

No fue un regreso cualquiera. Para empezar, las celebraciones inundaron el país, desde Sevilla hasta Barcelona, como reflejo de la riqueza de identidades regionales del equipo campeón. En el País Vasco, donde la organización terrorista ETA mantenía su campaña sangrienta en pos de la independencia, un grupo de energúmenos

apaleó al propietario de una tienda por celebrar la victoria del equipo, mientras una banda de «patriotas» de extrema derecha cubría la estatua de un político nacionalista vasco con el rojo y el amarillo de la bandera española. En Catalunya, unos pocos seguidores radicales del Barça, también partidarios de la independencia, se negaron a ver el Mundial y organizaron una contramanifestación de protesta. Pero fueron incidentes aislados. La imagen dominante fue la proliferación de banderas españolas por todo el país, incluso en los barrios más nacionalistas y antiespañoles, como si la hazaña compartida del fútbol lograra dejar a un lado por un momento los prejuicios políticos, sociales y culturales —aparentemente irreconciliables— que habían separado a los españoles de distintas regiones y orígenes durante gran parte de su historia.

No se trataba solamente de la primera vez que el equipo español se alzaba con la Copa del Mundo, sino que lo había hecho con una maestría que muchos calificaron como el mejor fútbol jamás visto. Se había extendido el apodo de la Roja para referirse a la selección, un nombre asumido casi de manera casual tras una rueda de prensa de Luis Aragonés, seleccionador a cuyas órdenes el equipo español desplegó un nuevo estilo creativo y ganador que le sirvió para conseguir la Eurocopa de 2008. Para la mayoría de los españoles el rojo había sido uno de los colores principales de la camiseta y el pantalón de la selección prácticamente desde siempre, a pesar de la insistencia de algunos políticos en evitar que se convirtiera en una especie de marca, similar a la *Azzurra* de Italia o *Les Bleus* franceses. Al utilizar esta palabra, Aragonés entendía que lo pasado en política, pasado estaba, que los españoles ya podían llamar a cada cosa por su nombre y referirse a la equipación por su verdadero color. Sin embargo, en 2008 los franquistas nostálgicos recibieron las palabras de Aragonés como una provocación. Además, mientras el Real Madrid lucía camiseta blanca, el Barça llevaba el rojo entre sus colores, y la bandera catalana tenía más rayas rojas que la española. En cuanto a Zapatero, a bastantes aficionados madridistas les hacía poca gracia que fuera el primer presidente que se declaraba abiertamente barcelonista, a pesar de haber nacido en una ciudad tan castellana como Valladolid.

El verano de 2008 fue una especie de luna de miel para el gobierno socialista de Zapatero antes de que explotara la crisis de la banca mundial con la caída de Lehman Brothers. Aquella primavera, el PSOE había sido reelegido en las elecciones generales, dando a Zapatero un nuevo mandato para continuar con su agenda de radicales reformas sociales, políticas y culturales. Tras una campaña de amarga lucha electoral, la victoria en las urnas parecía refrendar sus decisiones más audaces, como la de retirar las tropas españolas de Iraq, conceder mayor autonomía a las comunidades o aprobar la ley del matrimonio homosexual.

El futuro parecía de color rojo. Hasta tal punto de que algunos elementos de la derecha tacharon a Aragonés de oportunista político, cuando en realidad ya se había granjeado la fama de decir lo que le apetecía cuando le apetecía, por muy políticamente incorrecto que fuera, como cuando despertó la ira de los medios de comunicación británicos con sus burlas dirigidas a los jugadores de color de la selección inglesa. Sin embargo, el nombre de la Roja cuajó y se hizo cada vez más popular, no a causa de Aragonés, sino a pesar de él (antes de empezar la campaña de preparación para el Mundial, Aragonés fue sustituido por Vicente del Bosque), como si la denominación apelara inconscientemente al espíritu nacional, trazando una línea a partir de la cual España había pasado de ser un estado fracasado a una nación civilizada que podía desplegar buen fútbol y encontrar en este el sentido de un propósito común.

A mediados del siglo XIX, y antes de redactar su *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, uno de los mejores libros jamás escritos por un extranjero sobre el país, el mordaz viajero inglés Richard Ford recorrió España a caballo de punta a punta. Ford llegó a la conclusión de que una de las características fundamentales del pueblo español era su incapacidad o su reticencia para invertir sus energías en el bien común, algo que describía como una tendencia «desamalgamadora».

«España es y siempre ha sido», afirmaba Ford, «un montón de pequeños cuerpos atados por una cuerda de arena que, al no estar unido, tampoco tiene fuerza.»

La Roja era la pasión que fluía por las venas de la nación; en un

contexto moderno, fue una pasión vivificadora. Era el color de una hazaña deportiva reconocida por aficionados de todo el mundo, no el rojo de los pelotones de ejecución que alejó a España del resto del mundo durante siglos. Fútbol creado por futbolistas con estilo y con unidad de espíritu y de propósito. Uno para todos y todos para uno.

El Mundial de Sudáfrica pasaría a la historia por muchas cosas —por las ensordecedoras vuvuzelas, por el fracaso de Inglaterra, por el relativo éxito de Estados Unidos, por la humillante eliminación de Francia en medio de una revolución en el vestuario, por las excéntricas de Maradona, por la brutalidad de los holandeses y por el omnipresente buen rollo del público local—, pero ante todo será recordado porque al final ganó el mejor.

Ignoro cuántos aficionados al fútbol en todo el mundo recordarán dónde estaban en aquel momento exacto de la prórroga en el estadio Soccer City de Johannesburgo en el que Andrés Iniesta controló con mucho temple un pase de Cesc Fàbregas que le venía botando y empalmó una media volea perfecta para clavar el esférico en la portería holandesa. Yo jamás olvidaré el escenario donde lo vi en directo por la televisión, bajo el cielo estrellado de una playa en el sur de España, muy cerca del lugar donde un grupo de ingleses jugaron el primer partido de fútbol disputado en suelo español en 1887. Cuando Iniesta marcó ese gol, todos supimos que España lo había logrado y estallamos en una danza colectiva.

Aunque los holandeses habían lucido su tradicional uniforme naranja, los españoles vistieron de azul oscuro en lugar de su habitual rojo en pos de la claridad visual. Pero el equipo español se aferró a la Roja, un nombre que lo condujo al éxito después de muchos años de agonía, convirtiéndolo primero en campeón de Europa y luego en campeón del mundo. Por fin, los de rojo reinaban. ¡Viva la Roja!

1. En castellano en el original. [N. del E.]